

para que se hallasen presentes á tratar en lo que se debía hacer en aquel caso, y habiéndose juntado, habló el virrey diciendo al gobernador y demás capitanes: "Señores, aquí hemos venido para que se concluya la pacificación de este alzamiento y rebelión, y para que se pongan los medios eficaces para su fin, antes que á los enemigos se les aumenten las fuerzas y socorros, porque tengo noticia de que cada día se les agrega gente belicosa y restada, y pues el señor gobernador Cristóbal de Oñate y sus capitanes y soldados conocen la tierra, vean de adonde les vino el daño la primera vez, y allí pongan todo cuidado y recato, y sus reales y estancias, y á cargo del señor gobernador estará disponer lo que convenga y ordenar el campo, que yo y mi gente acudiremos á lo que su merced ordenare."

Acabada la junta, marcharon todos desde el pueblo de Apozotl para el Mixton, y llegados, repartieron los reales por estancias, plantando la artillería en frente de la mayor fuerza de los enemigos, y detrás de ella, lo mejor del sitio, las tiendas del virrey: y estando puestos todos en muy buena orden, el gobernador Oñate dijo al virrey: "V. S. ordene y mande." A que respondió el virrey: "Haré yo de muy buena voluntad siendo de los primeros soldados en obedecer," y entonces le dijo Oñate: "No queremos poner á V. S. en tanto peligro. V. S. se esté en su tienda sin hacer mudanza, alentando con su vista y presencia los ánimos de los soldados de su ejército para los combates, que esto conviene," y luego fué á ver y poner su campo, y el virrey se armó muy bien, y todos aquellos caballeros que con él estaban, á los cuales les dijo: "Aquí no hay más sino obedecer lo que se nos manda."

Ya que el gobernador Oñate tuvo puesto en orden todo el campo, como es costumbre en tales casos, y buena milicia de guerra, y antes que llegase á rompimiento, fué con toda la gente de á pié y á caballo á la tienda y real del virrey, y allí hizo reseña de ella, y todos iban muy lucidos y bien armados, y por listas los fueron repartiendo por capitanías. Serían hasta seiscientos españoles, haciendo oficio de capitán general, y luego pa-

saron los soldados y indios amigos mexicanos con sus capitanes, muy aderezados de plumería, y habiendo hecho esto y señalado la parte á donde habían de estar, mandó que cada capitán se fuese á su puesto. Estaban los enemigos viendo la reseña desde lo alto, y comenzaron á dar voces y grita diciendo: "Ya se van las gallinas!" pero como vieron volver á los españoles á las estancias y reales y ponerse en orden de pelear, hicieron ellos lo mismo. Luego salió el virrey á caballo y fué á los reales y alojamientos de los capitanes, y les dijo que se holgaba mucho de verlos tan aderezados y dispuestos para combatir aquella fuerza, y que en la ocasión peleasen con ánimo varonil, porque en esta victoria consistía la pérdida ó ganancia de toda la Nueva España, y que confiaba en Dios y en el esfuerzo y valentía de tan grandes y valerosos capitanes y soldados, no la tendrían los enemigos, sino ellos, pues era en servicio de su Divina Magestad, y que advirtiesen que allí iba la honra y convenía no hubiese descuido en cosa alguna, pues por fiarse los españoles de los enemigos la primera vez, fueron vencidos y muertos, y que pues tenían ya experiencia, se guardasen y peleasen valerosamente, como se esperaba de tales personas lo harían, y que les apercibía estuviesen á punto para que otro día de mañana se diese el combate.

CAPITULO CXL.

En que se trata cómo los españoles vencieron con el ayuda del apóstol Santiago, y de lo que el santísimo y venerabilísimo P. Fr. Antonio de Segovia trabajó en esta ocasión en reducir á los indios, y se prosigue la materia del pasado.

Año de
1542.

Descansaron aquel día y le gastaron en aderezarse, y luego el otro día por la mañana, se juntó todo el campo en el real

El señor Obispo Malaber del virrey, y oyeron misa, la cual dijo Don Pedro Malaber, Dean de Oaxaca, que después fué obispo del mismo reino nuevo de la Galicia. Traía el virrey en el ejército, religiosos de las tres órdenes de Santo Domingo, San Agustín y San Francisco, con los cuales tenía consejo de conciencia para hacer la guerra justificadamente. De la orden de San Agustín iban Fr. Francisco de Villafuerte y Fr. Francisco de Salamanca, y de la de San Francisco, el P. Fr. Marcos de Niza (que es el que anduvo en lo del descubrimiento del valle de Tzibola y Nuevo México).

Después de haber oído misa, los soldados se fueron á almorzar, y el virrey y gobernador Oñate subieron en sus caballos, y con los demás capitanes y soldados fueron á combatir á los enemigos, á los cuales el virrey envió á requerir con la paz, diciendo que bajasen, que él les perdonaba. A que le respondieron que no querían paz; que él y los españoles eran unos bellacones, que se fuesen, y dijeron otros desacatos. Con todo eso, les mandó requerir con la paz hasta tres veces, y viendo no querían, mandó á los soldados que les acometiesen, y dejándolo todo á cargo del gobernador Oñate, se fué á su tienda.

Comenzóse á batir la fuerza tan recio y con tan gran tropel, que se entendió ganarla, y los enemigos la defendían arrojando piedras, galgas y mucha flechería, y aunque la artillería bramaba, era imposible ganarles una punta de roca ni dañarles, como ellos hicieron daño á nuestros españoles y indios amigos, con las galgas y piedras que arrojaban, y hirieron á muchos, con que por aquel día se dejó el combate y no les pudieron ganar cosa. Curáronse los heridos, y otro día después volvió el virrey para enviar á requerirles con la paz, á que le volvieron á responder que qué paz quería; que pues ellos estaban quietos en su tierra, que á qué venían á ella, que ya sabían venían para quitársela; que se fuesen, que eran unos gallinas y come gallinas, y que todas las que tenían se las habían acabado, y otras razones semejantes á estas. Vista la respuesta, se mandó juntar más la artillería para ver si con ella se podía hacer algún

daño, y volvieron á acometerles y á quererlos desalojar peleando valerosamente, y como la artillería se les acercó más, hacía tan gran destrozo en ellos, que caían abajo hechos pedazos, con que murieron muchos; y visto el daño, los enemigos se retiraron á otro puesto, donde no pudieron entrarles; y viendo que era imposible ganarles aquella fuerza, procuróse tenerlos cercados y cogerlos por hambre, que por ser tanta cantidad era forzoso el tenerla, con que se irían los que habían venido de lejos; y así fué, que habiendo visto los dichos enemigos de lejos la tardanza que había en el vencer á los españoles, se comenzaron á ir y los dejaron, porque los más no venían á poblar, sino á robar el campo si fuese vencido de ellos; y viendo los que quedaban en el Mixtón que se les iban los que les habían venido á ayudar, despacharon mensajeros á los del Teul ó Tuich, para que les dijese que cómo no venían á probar sus fuerzas con los españoles como ellos hacían; y así que oyeron los del Tuich el recaudo, salieron dos mil de ellos de guerra, gente valiente, y habiendo llegado al Mixtón dijeron: "Aquí hemos venido á ver cómo peleáis con estos españoles;" á que les respondieron: "No nos atrevemos á bajar á pelear, sino que desde aquí lo hacemos." Entonces los del Teul dijeron: "Eso no es pelear, sino estar encaramados encima de vuestra peñasquería y gato. Agora vereis vosotros nuestro valor, y quién somos, y cómo bajamos y lo que hacemos con estos que aquí os tienen encaramados." Luego los dos mil indios del Teul, muy galanes, comenzaron á bajar por una ladera, abajo todos, en ala, y fueron dando vuelta y rodeando el real del virrey, donde se entendió luego que era nueva gente aquella y que según la disposición que traían podían pelear, y por lo que sucediese se puso el campo en orden, y ya cerca de la tienda del virrey, salieron á ellos y se comenzó una escaramuza tan grande, que puso al virrey en harto aprieto, y viendo que no herían con la flechería y que las flechas se iban por alto, prendieron al cacique y á otros muchos indios, y los que quedaron se subieron al Mixtón y dijeron á los empeñolados, "¿qué haceis aquí encaramados? ¿por qué no haceis lo que nosotros? Mirad

si somos valientes," y los que estaban en el peñol les preguntaron que á dónde quedaba el cacique y los demás, y ellos respondieron: "Allá se quedaron con el virrey y con nuestro amo Juan Delgado." Llevaron al cacique y á los demás presos al virrey, los cuales dieron razón de la causa de su venida y cómo habían ido á instancias, ruegos y importunaciones de los alzados, pidiéndoles favor, y que porque no lo querían hacer los llamaban cobardes, gallinas y mancebas de los españoles, y que para que entendieran que eran más hombres que ellos, que estaban allí encaramados guardando las peñas, habían bajado para hacer demostración de quién eran y tentarse con los españoles, á los cuales tenían siempre por amigos, y que esto se echaría de ver, pues no habían herido alguno, y que pues lo dicho era así, dijo el cacique que pedía al señor virrey que no lo ahorcase, sino que le enviase á sacar oro. Esto dijo con tantas lágrimas, que el virrey se compadeció de él y por sus buenas razones le perdonó y envió á su pueblo con su gente, y mandó vestirle, y el cacique le dijo cómo se iba despoblando el Mixtón, en el cual había una entrada y callejón por donde se podía ganar, y luego se fué con su gente á su pueblo á poner en orden la que allá había quedado, porque con su tardanza no se alzasen.

Había quince días que tenían cercados los del peñol, y habiendo sabido por lo que dijo el cacique de la entrada que dió noticia el cacique del Teul, mandó el virrey que se batiese con la artillería y se subiese á ver aquella entrada, y así se comenzó á batir por todas partes el Mixtón, hiriendo y matando á los empeñolados; sería esto á medio día, cuando estaban todos cansados de pelear y bien calurosos del sol, pues fué forzoso dejar el combate con pocas esperanzas de ganar el peñol; y todos confusos se fueron á comer, y estando el virrey en su tienda, mandó llamar al gobernador Oñate y le dijo: "Maravillado estoy de ver cosa tan fuerte; no sé qué remedio demos para ganarle y acabar esta empresa, porque se nos va el tiempo," y Cristóbal de Oñate le respondió: "Señor, la porfía mata la casa, y la hambre los ha de hacer darse; no dejarlos, que de esta victoria pende la paz y seguridad de toda la tierra, y toda ella

está á la mira para la paz que se ha de conseguir ó la guerra que se ha de continuar; y así, V. S. no muestre flaqueza ni quiera aflojar, porque yo de mi parte no la dejaré hasta morir ó vencer;" y estando hablando de esto los dos, un mancebo llamado Juan del Camino, sobrino del capitán Juan del Camino, fué á dar agua á su caballo por aquella parte á donde los indios del Tuito habían dicho había la entrada, y así que hubo bebido el caballo, estuvo mirando por donde era, y vió en lo alto del Mixtón un hombre en un caballo blanco con una banderilla en la mano y cruz roja, el cual le dijo: "Por ahí es la entrada, soldado," y el Juan del Camino subió por un callejón, y habiendo llegado junto al del caballo blanco, le dijo: "Llano está esto, arremetamos á los enemigos de Dios. ¡Santiago y los ángeles sean con nosotros!" y arremetieron á ellos. Habíase ido Romero á caballo tras de Juan del Camino á ver donde iba, y como no le halló, fué por el rastro, y entrando por el callejón, subió á lo alto del Mixtón, y vió á los dos matando y hiriendo á los enemigos, como á leones, lo cual visto por Romero y la matanza que hacían el del caballo blanco y Juan del Camino, se metió entre ellos peleando y haciendo lo propio. En esta ocasión estaba el virrey comiendo y todo el ejército, y oyeron el tropel y gran ruido que había en lo alto, y viendo que los enemigos se despeñaron, se armaron todos y fueron á ver lo que era, y habiendo subido, arremetieron los de á pié y á caballo, y fueron á buscar la entrada, y el del caballo blanco les dijo: "Por ahí, soldados," y entraron todos y vencieron á los que estaban en el Mixtón, y el caballero del caballo blanco se metió en la tropa de los que andaban á caballo, y no le vieron más. Murieron en lo alto más de diez mil indios y se despeñaron casi otros tantos, entre chicos y grandes y mujeres, y cautivaron más de tres mil y se pusieron en huida más de diez mil, y estos fueron los que habitaban por aquellas barrancas, que habían ido más á robar que á pelear, si acaso alcanzasen victoria contra los españoles.

Conseguida ya esta tan grande y milagrosa victoria, el virrey mandó recoger el campo, y no faltó de él ningún indio ni

español; y luego preguntó el virrey cómo había sucedido, y habiéndole contado el caso Juan del Camino, mandó luego se supiese qué caballero de los que allí venían en caballos blancos hubiese sido el que tan valientemente peleó, y habiéndolos llamado á todos, dijeron que no estaba con ellos ni ninguno subió allá hasta que fueron todos; y entonces Juan del Camino dijo que era tan esforzado y valiente aquel caballero en cuya compañía peleó, que de un golpe que daba entre los enemigos, caían tantos, que era admiración, y lo mismo dijo Cristóbal Romero, y que después que subió toda la gente, nunca más le vió ni reparó en ello, porque entendió era uno de los del campo; que solo imaginó si era el Señor Santiago por haberle señalado la entrada con la bandera y cruz, y que en el acometer ambos á tanto enemigo y derribar y matar tanta infinidad de ellos, conoció ser obra de Dios. Oído el caso por el virrey y habiéndose averiguado ser el Señor Santiago, mandó juntar todo el campo, y con todos los sacerdotes que allí había, se hizo una procesión muy solemne cantando alanzas á Dios y el *te Deum laudamus*, la cual acabada, pusieron á buen recaudo los esclavos y cautivos, así grandes como niños y mujeres; y aquella noche hubo velas y gran guarda, y fueron tantos los gemidos de los despeñados que no acabaron de morir, que otro día de mañana fueron los indios mexicanos y tlaxcaltecas, y los acabaron; quedaron aquellas peñas y riscos corriendo sangre, y los españoles pusieron por nombre al Mixtón "Santiago," y el venerable P. Fr. Antonio de Segovia, apóstol de estos indios, hizo en él una capilla de la advocación del glorioso apóstol, y con el tiempo se cayó, y el Mixtón se quedó con el nombre antiguo que tenía, sin que se continuase á llamarle "Santiago."

Duró muchos años la osamenta, que parecía la de Roncesvalles, hasta que el tiempo la consumió. Antes que se consiguiera esta victoria, se había valido el virrey, viendo que no podía entrar en aquellos peñoles, del P. Fr. Antonio de Segovia, que los había bautizado y doctrinado, el cual con grandísimo ánimo, sin temor ninguno, procuró entrarse por sus casas, peñoles y serranías, como lo hizo, y cuando los indios ensan-

Capilla de Santiago en el Mixtón.

Fr. Antonio de Segovia.

greñaban sus flechas y saetas en los cuerpos de los españoles, le recibieron sin hacerle molestia alguna; se le postraban humildes, y si no fuera por él, durara mucho tiempo más el conseguirla, porque muchos, mediante los consejos de este bendito padre, no quisieron ir á la guerra, y después de ganada la victoria, les reprendió el santo diciendo lo mal que habían hecho, prometiéndoles todo buen tratamiento á todos aquellos que mansa y pacíficamente se volviesen á sus lugares y pueblos; y mientras este religioso andaba en esto, tuvo nueva el virrey que mucha de la gente que escapó y otros que se juntaron, que serían más de treinta mil enemigos, se habían empeñolado en la barranca de Cristóbal Romero, en Tepeaca, y que estaban de guerra, y así determinó irlos á desbaratar.

CAPITULO CXLI.

En que se trata cómo el virrey fué al Peñol de la barranca del pueblo de Tepeaca, y lo que sucedió.

Año de 1542.

Así que el virrey supo que los indios estaban empeñolados en el peñol de la barranca del Río Grande, que está junto al pueblo de Tepeaca, que era de Cristóbal Romero, de ahí á dos días después que se acabó y allanó lo del Mixtón, partió del pueblo de Xuchipila y fué por el río abajo hasta llegar á donde se junta con el Río grande, que es cerca del río de San Cristóbal en la barranca, que es un trabajosísimo camino, y habiendo llegado allí, asentó su campo en el pueblo que hoy se llama de San Cristóbal, entre aquellos dos ríos, y habiendo descansado, envió á saber y ver lo que había, y lo que se supo fué que no había quedado indio en todos aquellos ríos, porque todos se habían subido en aquel peñol, y que eran más de treinta